

tarde, purificando el salitre hallaron la pólvora. Pero la invención científica con que contribuyeron eficazmente al progreso del mundo, fué el sencillo sistema de numeración que lleva el apelativo de *arábiga*. La ventaja de este sistema sobre el de la numeración romana, no está solamente en la sencillez de las cifras, sino en su concepción rigurosamente científica debido al *cero*. Parece que los *árabes* no lo inventaron, sino que lo tomaron de los *indostánicos*; pero ellos fueron los que, con la numeración que lleva su nombre, la propagaron por *Occidente*, y que hoy emplean todos los pueblos cultos de la tierra.

SECCION TERCERA.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA CAIDA DE
CONSTANTINOPLA. (1,096 á 1,453).

CAPITULO I.

Las Cruzadas.

I.—Europa en los siglos X y XI.

ELA Europa en la época de la disolución del «Imperio de Carlo-Magno» (887), presenta un cuadro lamentable de atraso é ignorancia, opuesto al de aquella brillante civilización árabe, que alcanzaba en ese tiempo su mayor prosperidad y grandeza. Los leves esplendores que despidieran los imperios: el *ostrogodo* en el siglo VI, y el de los francos en el IX, se extinguieron totalmente, dejando más densas las tinieblas y más dudoso el por-

venir. El feudalismo se recrudeció de tal manera, que los descendientes de *Carlo-Magno* se vieron reducidos al territorio de *Laón* en Francia (987). Los *Capetos* restauran la monarquía, pero luchan un siglo para constituir la. En *Alemania*, la casa de *Sajonia* funda con Otón el «Imperio.» [962]. La monarquía *anglo-sajona*, debilitada por las invasiones de los «hombres del Norte» [normandos], precipítase en su decadencia, hasta que por fin cae en manos de ellos. [1066]. Los reinos cristianos de *España*, *Asturias*, *León*, *Navarra*, *Castilla* y *Aragón*, luchan contra los *musulmanes*, y emprenden frecuentes cruzadas que son coronadas con el mejor éxito. La *Italia* del Norte queda en poder de los emperadores de Alemania; la del centro, con el Papa, pertenece á los *Señores* feudales, mientras que la del Sur la avasallan los normandos.

Si comparamos la civilización Oriental con la Occidental en el siglo X y en el XI, se notará que la ventaja está de parte de aquélla. Las magníficas ciudades de Oriente, [*Constantinopla*, el *Cairo*, *Damasco*, *Bagdad*], con sus palacios de mármol; sus talleres y escuelas, sus templos, bazares y jardines, formaban contraste con los insignificantes villorrios, de toscas murallas, con sus macizos y lóbregos castillos, sus ruinas y sus lúgubres conventos. Pero la virilidad, la fuerza estaba de parte de los occidentales: pronto estos dos mundos, animados por diferente espíritu religioso y político iban á encontrarse, y de su encuentro nació el progreso y el triunfo definitivo de la civilización Occidental.


II.—Origen de las Cruzadas.—Su carácter.

LAS cruzadas duraron varios siglos: en *España* comenzaron con la reconquista (720), y terminaron con la toma de *Granada* por los cristianos (1,492); pero estos movimientos fueron parciales, limitados á la península, en que se luchaba por la religión y por la patria. Los movimientos generales que comprometieron á la mayor parte de los reinos fundados por los germanos en Europa, comenzaron á fines del siglo XI y terminaron en el XIV. Desde el siglo XIII había caído (con *Jerusalén*) el sepulcro de

Cristo (el santo sepulcro) en manos de los infieles. A fines del siglo XI, cuando los califatos *árabes*, ya en plena decadencia, menguaban su poder y grandeza, el Papa Urbano II inició en *Clermont* (1,095), el pensamiento que agitaba todos los espíritus, de arrancar la tumba de *Cristo* de manos de los *musulmanes*. Miles de peregrinos, ansiosos de contribuir á la santa empresa, se organizaron en grupos y marcharon al grito de *¡Dios lo quiere!* El Pontífice había prometido la absolución de los pecados, y el perdón de las penitencias; así es que los más ardientes no procuraron proveerse de los recursos necesarios para tan larga y costosa expedición, y perecieron tristemente en los campos por el hambre y las enfermedades.

Mas, con los peregrinos y penitentes iban caballeros poderosos y ricos, aventureros ansiosos de gloria y renombre, y colonos y traficantes que anhelaban fundar un Estado propio y explotarlo. Estos fueron los que lograron establecer algo durable. Sin embargo, las grandes expediciones, las dirigidas por los reyes *Luis VII*, *Luis IX*, y *Felipe Augusto* de *Francia*, y por los emperadores *Conrado* y *Federico Barbarroja*, fracasaron enteramente; y era que no intentaban establecer nada durable, sino mostrar su odio á los infieles, realizar grandes hazañas y volverse luego á *Europa*, después de haber cumplido sus promesas y ofertas. Las únicas cruzadas que dieron un resultado positivo fueron: la primera, dirigida por los aventureros normandos del Sur de *Italia* y los «Señores de Flandes.» cuya consecuencia inmediata fué la toma de *Siria* [1096]: y la *cuarta*, en la que los traficantes venecianos, ayudados por algunos aventureros nobles, fundaron un «Imperio latino» en Constantinopla. [204].

III.—Destrucción de los reinos Cristianos.


A Europa cristiana no tuvo entonces bastantes colonos para fundar verdaderas naciones en *Oriente*; sólo pudo constituir efímeros «Imperios militares» que desaparecieron con el ejército. Al principio los reinos cristianos que fundaron los *cruzados*, só-

lo tuvieron que luchar contra los pequeños principados musulmanes procedentes del desmembramiento del califato de *Bagdad*, desmembramiento operado en 1,060. Pero cuando *Saladino* establece el «Imperio militar de los mamelucos» sobre el derruido califato del *Cairo*, los reinos cristianos de *Siria* no pueden resistir los ataques combinados, y comienza su rápida decadencia. El «reino de Jerusalén» se sostiene aún por algún tiempo, hasta que por fin perece en 1,291, cerca de dos siglos después de su fundación; el «Imperio latino de Constantinopla» fué aún más efímero, pues que solo duró 57 años.

Otra causa poderosa de su decadencia y ruina fué la rivalidad de los distintos pueblos de *Europa*, entre *ingleses*, *franceses* y *alemanes*, entre militares y traficantes de los países cristianos. Los *Templarios* y *Hospitallarios*, los mercaderes genoveses y venecianos, y los mismos príncipes, (Alberto de Austria, Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia), dieron el espectáculo de sus rencillas y rivalidades ante los *infieles*, quienes se aprovechaban hábilmente de ellas, llegando hasta el punto de aliarse con un príncipe cristiano contra otro más poderoso ó temible para los infieles, mientras que llegaba el tiempo de destruirlos á todos, como se verificó después.

Lo importante en estos movimientos religiosos no fué la duración de los «Estados cristianos en Oriente,» ni su escasa estabilidad; no fueron tampoco las hazañas de *Godofredo de Bullon*, de *Bohemundo de Tarento*, de *Tancredo* y de *Ricardo* «Corazón de León,» (que espantó con su valor y con su audacia á la audacia, valor y fanatismo de los mismos musulmanes), lo importante en esas célebres contiendas, fué el resultado: el progreso y mayor civilización de Occidente al ponerse en contacto con los pueblos de Oriente.

IV.—Principales consecuencias de las Cruzadas.

AS consecuencias de las *cruzadas* fueron de varias clases, y se hicieron sentir, ya inmediatamente, ya en época lejana; pero todas de trascendental importancia para la civilización.

El comercio recibió un impulso vigoroso, pues que se organizó un servicio marítimo entre *Venecia, Génova, Marsella*, los puertos de *Siria* y todo el *Levante*, que estrechó las relaciones, facilitó el transporte de pasajeros y mercancías y acrecentó rápidamente la riqueza y bienestar de los pueblos del centro y sur de Europa. Los objetos de lujo, y los productos de los países cálidos, las *especias de la India* (canela, jengibre, nuez moscada, pimienta), el marfil, las sedas (de China), telas y tapices, algodón, azúcar y papel, pudieron ser adquiridos á más bajos precios que en los mercados de *Constantinopla. Pisa, Venecia y Génova*, celebraron convenios y tratados de comercio con los príncipes musulmanes de *Egipto y Trípoli* para poder comerciar con los vasallos de éstos. Después de la caída del «Imperio latino de Constantinopla.» los *venecianos* conservaron en esta ciudad un barrio entero, y fundaron factorías hasta en la cuenca del *Mar Negro*, por medio de las cuales comerciaban con *Trebizonda* y el *Alto Oriente*.

A partir de entonces, los objetos de lujo, los damascos y tafletes, las telas de seda brochadas de oro y plata, la muselina, la gasa, el cental, el tafetán, los terciopelos, los vidrios y espejos, el papel, el azúcar, y otros muchos productos de la industria, no solo fueron de más fácil adquisición, sino que se establecieron fábricas, principalmente en *Italia*, donde se produjeron y mejoraron muchos de estos artefactos. Las plantas más útiles, tales como el trigo, cáñamo, lino, la morena, el arroz, el café, el algodón y la caña de azúcar, algunas de las cuales las había recibido el Occidente por medio de los árabes de España, fueron mejor conocidas y cultivadas después de aquellas guerras religiosas.

El álgebra, la geomerría, la química, la trigonometría, la numeración arábica y multitud de artes é inventos que vuelven grata y cómoda la vida, se ha dicho ya que los Occidentales los debieron á los árabes; solo resta añadir que desde las cruzadas se generalizaron más y formaron parte integrante de la vida en los pueblos de Europa. Las mismas creencias, tan arraigadas en cada una de estas dos civilizaciones, sufrieron grave quebranto al ver que no eran los *infiel*s tan despreciables como el ciego fanatismo se los había hecho suponer; que entre ellos había hombres ilustrados y generosos, que podían dar ejemplos de moral cristiana á

los más celosos observantes de la vida y doctrinas de *Cristo*. [1]. En algunos príncipes y Señores, estos ejemplos hicieron desaparecer la intransigencia de sus creencias, volviéndolos más tolerantes. Algunos, como Federico II (emperador de la casa de Hohenstauffen), se tornaron en incrédulos en lo absoluto. [2].

CAPITULO II.

Las Monarquías en Europa.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA TOMA DE
CONSTANTINOPLA. (1,096 A 1453).

I.—Principales naciones de Europa.



LA disolución del «Imperio de *Carlo-Magno*,» quedaron tres grandes Estados: *Alemania, Italia* y *Francia*, que luchan por constituirse independientemente. *Inglatera* continúa alejada de las revoluciones del

Continente en su retiro insular. En *España* comienzan los cristianos su cruzada de ochocientos años contra los musulmanes. Las demás naciones son, en esta época, como si no existiesen.

La primera nación que se constituyó definitivamente en Europa después de la disolución del «Imperio del *Carlo Magno*» fué *Alemania* con *Otón I* (casa de Sajonia) en el siglo X (918), que se imagina reconstituir el «Gran Imperio de Occidente;» pero los sucesores, persiguiendo este fantasma de *Imperio*, agotan sus fuerzas en una lucha tan tenaz como estéril la contra *Italia*, á la que pretenden dominar, hasta que parece el último re-


(1) Saladino era tan generoso que volvía sin rescate los prisioneros, y enviaba su médico á los príncipes enfermos sus enemigos.

(2) A él se atribuye la frase: «Ha habido tres impostores: Moisés, Jesucristo y Mahoma, que engañaron respectivamente á los judíos, cristianos y musulmanes.»

presentante de ese sueño, en un cadalso (1,250). (V. Cap. III). Pero las naciones que ocuparon el primer puesto en el Continente, aunque constituidas después que la *Alemania*, fueron *Francia é Inglaterra*.

II.—La Monarquía Francesa.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA GUERRA DE
CIEN AÑOS. (1,096 A 1,328).

A verdadera monarquía francesa no quedó definitivamente establecida sino hasta el siglo XII. Durante los siglos X y XI, los primeros *Capetos* reinaron, como los últimos *carlovingios* en el IX, sólo nominalmente; pero ya *Luis VI* y *Felipe Augusto* dieron un gran impulso á la soberanía, infundiendo respeto á los «Señores feudales» y á los reyes extranjeros, tanto por su administración regular y cuidadosa como por la actitud enérgica que asumieron en el «Poder supremo» del reino. *Felipe* pudo arrebatarse al rey *Juan* (de Inglaterra) las provincias de *Francia* que éste conservaba, desde que la repudiada esposa de *Luis VII* [Leonor] le llevara en dote; lo derrotó en *Bouvines*, obligándolo á restituirlas (1,214). Nadie mejor que él supo mantener sumisos á los «Caballeros», y, en suma, constituir sobre bases sólidas la monarquía.

Pero el más perfecto de los reyes, el rey cristiano por excelencia, fué *Luis IX*, (el santo); era valiente y caritativo, humilde y justiciero: prohibió el *duelo* como medio de decisión jurídica: castigó enérgicamente á los «Señores» que intentaban hacerse justicia por su propia mano y publicó «*Instituciones ú ordenanzas*» encaminadas á prevenir todas las violencias. La devoción, que era en él ingénita, le llevó á reanimar el espíritu ya muerto de «las cruzadas», y pereció persiguiendo ese ideal cristiano, en la tercera de sus estériles expediciones contra los infieles del norte de *Africa*. (1,270).

Después del insignificante reinado de *Felipe III*, aparece *Felipe IV* (el hormoso): uno de los soberanos que dejaron más profundas huellas en la monarquía francesa. Fué el primero que creó impuestos regulares

[aunque excesivos] que pesaban principalmente sobre los cultivadores y artesanos, si bien no estaban exentos de ellos los nobles y el clero [1]; impuso, frecuentemente, préstamos á todos los habitantes del reino, y dió grande importancia á los «legistas» [gentes de toga], los cuales llegaron á formar por entero el *Parlamento*, ó «tribunal del rey», encargado de resolver los litigios é instruir los procesos. Mas, la institución que hizo del reinado de *Felipe IV* una época importante en la historia de la monarquía francesa fué la reunión de la «Asamblea» ó «Estados generales del reino.» Formaban parte de esta «Asamblea» tres clases de representantes: los del *clero*, *nobleza* y *burguesía*, que constituían los tres *brazos* ú *órdenes* del reino. El *clero* y la *nobleza* formaban los dos primeros, la *burguesía* formaba el «tercer Estado.» y siempre se le designó con este número de orden hasta la Revolución, en los comienzos de la «Epoca Contemporánea.» El objeto de estas «Asambleas» fué conceder *subsidios* al rey, y el derecho de cobrar toda clase de impuestos; pero sucedió que una vez concedidos, los reyes se negaron a reunirlos, por temor á las reclamaciones de los representantes, que aspiraban á poner trabas al despotismo y poder absoluto de los monarcas. En los reinados de *Juan II* y *Cárlos VII* [1,356 y 1,443], los *Estados* concedieron á la monarquía los recursos de que disfrutó hasta 1,789.

Los tres hijos de *Felipe* (*Luis X*, *Felipe V* y *Cárlos IV*) reinaron sucesivamente, sin dejar hijos varones que conforme á la «Ley sálica,» estrictamente aplicada por los legistas, pudieran heredar el trono de *Francia*. No podía darse mayor coincidencia ni tampoco mayor desgracia: *Eduardo III* (rey de Inglaterra) nieto de *Felipe IV* pretendió la corona de *Francia*, haciendo valer los derechos de su madre *Isabel* á esta corona, contra el expreso mandato de la «Ley sálica.» *Eduardo* tenía otro derecho: el de un excelente ejército y el de un reino poderoso. Los franceses sin hacer caso de los pretendidos derechos del inglés habían nombrado rey á *Felipe de Valois* (*Felipe VI*) [1,328]. Así comenzó la desastrosa «guerra de cien años» entre los dos pueblos más poderosos de Europa.

(1) Las contribuciones eran: el *vigésimo*, ó sea el 5 p^o sobre compra y venta de mercancías; y el 2 p^o sobre la propiedad.

III.—La Monarquía inglesa.

LA dinastía de los *sajones* que formaban un reino de guerreros brutales y sanguinarios, no había hecho más que declinar en los siglos IX y X, debido principalmente á su mala organización política y á las incursiones de los «hombres del norte» [normandos], que asolaban las costas y verificaban frecuentes correrías por el interior. Procedían de *Dinamarca* y la península *escandinava*, y más de una vez estos terribles piratas y aventureros pusieron á punto de su pérdida á las naciones del oeste, centro y sur de *Europa*. Los últimos *carlovingios* perdieron más y más su prestigio en *Francia* por no ser capaces de oponerse á los *normandos*, que llegaron hasta poner sitio á *París*; en tanto que los primeros *capetos* debieron en gran parte la consolidación de su monarquía á los esfuerzos de *Eudes*, *Roberto*, *Raúl de Borgoña* y *Hugo* para defender el reino contra las incursiones de aquellos terribles enemigos. No obstante estos esfuerzos, los *normandos* habían logrado su objeto: la principal de sus bandadas, con *Rollon* su jefe, se había apoderado de la gran provincia de *Francia*, que forma la región situada á lo largo de la *Mancha*, y que de ellos tomó el nombre de *Normandía*. De allí salió la regeneradora banda que debía cambiar la faz de la monarquía inglesa.

En 1,066, *Guillermo*, duque de *Normandía*, pretendió la corona de *Inglaterra*, sin más título que el de ser yerno del rey anterior (*Eduardo*), y con otro mejor aún: el de un ejército de 60,000 guerreros decididos y valientes, que reclutó entre los súbditos de sus vastos dominios. Fué una marcha triunfal: los *sajones* no resistieron; los vencedores se apoderaron de los bienes y tierras de los vencidos, y mandaron como dueños. Lo importante fué la organización que los conquistadores dieron al país: la nota exacta que los soberanos de esa dinastía tomaron de las propiedades y dominios, de los siervos, villanos y hombres libres, caballeros y nobles (barones ó lords), les permitió gobernar, establecer im-

puestos y dirigir la administración del reino conforme á un principio único. Nombraron jueces ambulantes (vizcondes ó *scherif*) encargados de recorrer el país é impartir justicia en nombre del rey, y prohibieron las guerras privadas entre los «Señores,» teniendo que sujetarse á la paz ó justicia del «Soberano» todo aquél que atacara á su enemigo, cualquiera que fuese la causa (1).

El excesivo poder del rey hizo que los nobles [barones ó lords] se unieran para disminuirlo y oponerse á un despotismo que cada día aumentaba. En el siglo XIII, [1,215], hallándose *Juan sin Tierra* en crítica situación, los nobles, (caballeros ó *Knights*), le prometieron ayudarle y obedecerle, imponiéndole ciertas condiciones, entre las cuales están las siguientes:

- 1.º El rey debe respetar los bienes de sus súbditos, no exigiéndoles tributos sino previo consentimiento.
- 2.º Debe respetar la vida de las personas, no castigándolas sino en virtud de juicio regular.

Esta fué la famosa *Carta Magna*, origen del *Parlamento* y del *Jurado* y base del «Derecho Público» en *Inglaterra*.

Al principio, todos los reyes la quebrantan, aunque protesten cumplirla; pero todos se ven obligados á ratificar esta «Carta,» y tal ceremonia recuerda á la nación que tiene *derechos*, y al «Soberano» que tiene *deberes*. De este compromiso se derivarán con el tiempo las libertades públicas y «el régimen parlamentario» de que hoy disfrutan las principales naciones de *Europa*.

Los únicos que formaron el «Parlamento» ó asamblea encargada de conceder al rey el dinero necesario para los gastos de guerra, fueron por mucho tiempo los nobles ó *lords*; pero á fines del siglo XIII (*Enrique III* y *Eduardo I*) se dispuso que cada ciudad mandase á la asamblea dos burgueses, y cada condado dos caballeros. El «Parlamento» no concedía nada sin que antes el rey oyera sus quejas, y frecuentemente lo obligaba también á reformar su administración ó á destituir los empleados. Los «Señores y obispos,» que fueron los únicos citados al principio, formaron desde entonces la *Cámara de los lores*; y los caballeros de los con-

(1) En 1,154 comienza la dinastía de los *Plantagenets*: *Enrique II*, *Ricardo Corazón de León*, *Juan sin Tierra*, *Enrique III*, *Eduardo I*.

dados y los burgueses elegidos por las ciudades, la *Cámara de los comunes*. Los *lores* dirigían el «Parlamento» y el reino, con su influencia, su poder y su riqueza; pero habiéndose disminuido el número y amenguado el valimiento de los «grandes» durante la guerra de las «Dos Rosas,» la *Cámara baja* ó de «los comunes» dirigió el Gobierno y la administración entera.

El *Jurado* es otra Institución liberal nacida por esta misma época en *Inglaterra*, y destinada á dar la vuelta al mundo. Los enviados del rey, jueces ambulantes que recorrían el país en épocas fijas, celebraban en nombre del «Soberano» una reunión ó asamblea, á la que asistían los hombres libres, los nobles y los señores del condado; se enteraban de los *procesos* y de los crímenes cometidos en esa región, nombraban doce personas de las más caracterizadas y sujetaba al juicio de éstas el fallo sobre el pleito ó acusación. No podía haber mayor imparcialidad ni mejores garantías de justicia.

No obstante que la *Inglaterra* se adelantaba de este modo á las naciones del Continente, no era aún en esa época la rica nación de marinos y comerciantes que había de ser más adelante; se componía de agricultores y ganaderos, carecía de industria, y sus ciudades, aún las más importantes, como *Londres* y *Bristol*, eran pequeñas y pobres: pero sus habitantes disfrutaban, gracias á las mencionadas Instituciones, de un bienestar de que carecían los del Continente: así es que pudo en el siglo XIV detener el creciente poderío de *Francia*, á quien puso á punto de su pérdida y total ruina.

IV.—Guerra de Cien años. (1,328-1,453).

LA «guerra de cien años» que comenzó por contiendas feudales terminó por ser la expresión del patriotismo y de la independencia de un pueblo.

Habiendo sido nombrado rey de *Francia*, *Felipe de Valois* por extinción de la línea masculina de los *Capetos*, *Eduardo* (rey de *Inglaterra*) pretendió tener más derecho que aquél, como nieto de *Felipe IV*. Los fran-

ceses sostuvieron á su rey nacional, y la guerra que se suscitó con este motivo duró más de un siglo, con largos períodos de paz y de combates. Los reinados de *Felipe VI* y *Juan II* (1,328-1,360), fueron desastrosos para *Francia*: piérdense las sangrientas batallas de *Crecy* y *Poitiers*, y por el «tratado de Bretigny,» el oeste y mediodía del país, que cae en poder del inglés. *Cárlos V* [1,364-1,380], valiéndose del bravo *Beltrán Duguesclín*, repara en parte los desastres de sus dos antecesores, arrebatando á los enemigos casi todo el territorio nacional; pero á la muerte de este rey, comienzan de nuevo los desastres. *Enrique V*, rey de *Inglaterra*, aprovechando la minoría de *Cárlos VI* y la guerra civil entre los *borgoñones* y *armagnac* que desolaba la *Francia*, desembarcó en *Normandía* y derrotó al ejército francés en *Azincourt* [1,415].

Después de esta victoria, los ingleses se aprovecharon de la demencia de *Cárlos VI* y del odio de *Isabel de Baviera* y de los *borgoñones* al partido de *Amagnac*, que defendía al legítimo rey de *Francia*, y nombraron la *Enrique IV*, privando de su derecho al trono al delfín *Cárlos*, hijo de *Cárlos VI*. Pero entonces se reveló el patriotismo con que los ingleses no habían contado al celebrar el «tratado de Troyes.»

El poeta *Alain Chartier* había llamado *renegados* á los *borgoñones*, á los franceses aliados con el rey de *Inglaterra*, y había sido el primero que empleó la palabra *patria* en sus composiciones. Pronto este sentimiento que animaba á los que habían permanecido fieles á la nación y al rey, se encarnó en una humilde niña nacida en *Domremy*. Desde que contaba muy pocos años, presenció los combates entre los *Armagnac*, partidarios del rey de *Francia*, y los *borgoñones*, que lo eran del de *Inglaterra*. Según ella misma [que narró su biografía en el proceso en que le condenaron á muerte los ingleses], un día del verano, en 1,424, estando en su huerto, vió una luz, y oyó una voz que le dijo: «Juana, sé buena y honrada;» otra vez que se hallaba en el mismo lugar, oyó: «Juana, vé á libertar al rey de *Francia*, y á devolverle su reino.» Durante algún tiempo resistió; pero al fin se decidió á hacer lo que le mandaban *Santa Catalina*, *Santa Margarita* y un *arcángel*, según decía ella.

Convenció á su tío de que debía dejarla marchar; luego á los habitantes de *Vanconlers* y al capitán del bur-

go; salió al frente de una escolta, penetró en *Orleans* sitiado por los ingleses: último refugio de aquel delfín de que tanto había oído hablar; persuadió al joven monarca de la elevada misión que llevaba, se puso al frente de un escuadrón de caballeros, levantó el cerco de *Orleans* y condujo al rey á *Reims*, presenciando élla la augusta ceremonia, como inspirada por ideas y sentimientos superiores: hubiérase dicho que la guiaba una voluntad y una resolución superiores á los puramente humanos. Así lo creyó el rey y los más esclarecidos capitanes, y el ejército todo, que conducido por su heroína se mostraba invencible. Los ingleses y sus partidarios creyeron que era una *hechicera* mandada por el diablo: por eso al hacerla prisionera la procesaron por *hereje* y por *bruja*; poniendo así el obispo de *Beauvais*, y un gran número de «doctores» en teología, la superstición y el fanatismo al servicio del interés y la pasión. [1].


El sínodo y los ingleses esperaban al quemar á *Juana de Arco* que el pueblo la creyese *hechicera*; pero fué al contrario: el mismo secretario del rey de *Inglaterra*, que presenció la ejecución, al ver la serenidad, la mansedumbre y la resolución de *Juana*, exclamó: «Estamos perdidos, ¡hemos quemado á una santa!» Algunos años después, la *Francia* se veía libre de enemigos. El rey *Carlos VII* pudo reorganizar la nación. Ya era necesario; se aproximaba una nueva época y estaban á punto de desaparecer la mayor parte de las Instituciones de la «Edad Media,» principalmente el *Feudalismo*.

(1) Juana fué quemada en Ruan (1,431). El interrogatorio, que consta en el proceso, que con buen acuerdo mandó revisar el rey, veinte años después de la muerte de la heroína, muestra el buen sentido y la firmeza de aquella mujer extraordinaria; á la verdad, uno de los seres más singulares que ofrece la historia del mundo.

CAPITULO III.

Italia y Alemania. (1,096.—1,453.)

I.—El Papado.

 EN el siglo X, la *Italia* quedó avasallada á la *Alemania* y á una multitud de «Señores» que vivían en continuas guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo; los *papas* quedaron en poder de los «señores feudales» que elegían Pontífices á su antojo y disponían de la *Santa Sede* como de cosa propia. Entonces se vieron escándalos en la *Iglesia* que horrorizaron á los que habían permanecido fieles al cristianismo primitivo. El emperador *Enrique III* quitó á los «Señores» el derecho de nombrar *Pontífice*; pero se atribuyó á sí mismo este derecho. En esa misma época, varios monjes se propusieron restablecer la más severa disciplina en los conventos, como lo verificaron en *Cluny*, *Cîteaux*, *Clairvaux* y *Premontré*. Estos monjes obligaron al resto del clero á reformar sus costumbres, y sostuvieron enérgicamente al papado; ellos mismos se opusieron á que el primer puesto de la *Iglesia* estuviera en manos de los *laicos*, (aunque estos fuesen los emperadores de *Alemania*) y propusieron que el pueblo y clero de la capital del mundo cristiano eligiesen *Pontífice*. Así pasó con *León IX*, que después de ser nombrado por el emperador, se presentó como peregrino en las puertas de *Roma*, á fin de que en élla lo eligiesen conforme á los cánones.

Poco tiempo después, (1,061), el «Concilio de Letrán» resolvió que en lo sucesivo, el *Papa* fuera elegido por los *cardenales* (sacerdotes de *Roma*), y por los obispos de las pequeñas ciudades de la campiña romana. Se comenzó por pedir al emperador que ratificara el nombramiento, y se terminó por prescindir de esa formalidad, haciendo del *Pontificado* una «Institución» independien-

te. Tan pronto como adquirió su autonomía, el papado se convirtió en una *potencia* frente al Imperio, cuyo cetro caído de las débiles manos de los sucesores de *Carlo-Magno*, fué empuñado de nuevo por la casa de *Sajonia*. (918—1,024). la de Franconia y por la raza de los *Hoheustauffen* (1.075 á 1,250), quienes aspiraban, según las tradiciones *cesáreas*, á la dominación universal. De aquí nació una lucha tremenda que duró dos siglos, y cuyo triunfo fué indeciso: tal fué la lucha entre el «Pontificado y el Imperio.»

II.—Lucha entre el Pontificado y el Imperio.

ESTA lucha comenzó por una cuestión de forma: las investiduras eclesiásticas. Según los cánones, el *obispo* debía ser elegido por los *canónigos*, y el *abad* por sus *monjes*; pero como á estos oficios iban unidas grandes propiedades que los reyes ó emperadores concedieran en *feudo*, el soberano (principalmente en Alemania), reclamaba el derecho de elegir al que iba á disfrutar de tales beneficios ó *regalias* (partes del dominio real). Y como una consecuencia de este derecho, el emperador investía con el *anillo* y el *báculo* á quienes deseaba, generalmente á los nobles de su corte, á sus parientes y amigos, imponiéndoles: el correspondiente vasallaje. Esto indignaba á los papas, penetrados de la superioridad de la Iglesia y de la incongruencia de la elección de sus principales miembros por un «poder laico» extraño al espíritu de esa misma *Iglesia*. El papa *Pascual* resolvió la dificultad disponiendo que los *obispos* y *abades* renunciaran á todas las «propiedades y derechos» que debían al emperador (condados, monedas y portazgos), cosas á que, en realidad, no renunciaron, pues los *prelados* de Alemania continuaron siendo «grandes Señores»; pero el soberano convino en que los nombramientos se hiciesen conforme á los cánones, reservándose *investir* á los agraciados por medio del estandarte, símbolo de su poder sobre los príncipes laicos (1,122).


Esto no fué mas que el preludio, pues que la *Iglesia*, reformada ya en su cabeza y en sus miembros, y animada por un espíritu de superioridad universal, quiso sujetar á su influencia y poder al emperador y á los reyes, dictándoles los cánones á que debían ajustarse, depониéndolos del trono, eximiendo á los vasallos del juramento de fidelidad y exigiéndoles, en fin, cuenta y razón de sus actos. Esto era lo que el Papa *Gregorio VII* decía al emperador *Enrique IV* en su famosa «epístola:» «Al dar Dios á *San Pedro* el derecho de atar y desatar en el cielo y en la tierra,» (escribía al magnate), «no exceptuó á nadie, y sometió á su ley á todos los príncipes y á todas las potencias del universo, puesto que lo instituyó *Príncipe de los reinos* de este mundo.» Era lo mismo que afirmaba *Inocencio III* diciendo: «El Creador ha formado en el cielo de la *Iglesia* dos dignidades: la mayor, que es el papado, rige las almas como el Sol los días; mientras que la menor, que es la monarquía, rige los cuerpos, como la Luna las noches. El papado es tan superior á la realeza, como el sol á la luna. Dios encargó á *San Pedro*, no solo el gobierno de la Iglesia universal, sino el del mundo entero; y así como todas las criaturas del Cielo, de la Tierra y del Infierno doblan la rodilla ante Dios, todos deben obedecer á su vicario, para que no haya más que un rebaño y un pastor.» *Bonifacio VIII* expresaba más claramente la misma idea diciendo, que las dos potencias del mundo, la espiritual y la temporal, correspondían al papa: «la primera directamente, la segunda por medio de los reyes, conforme á las órdenes pontificales.»

Unida la causa de los papas á la de *Italia*, cuya independencia defendieron contra los césares alemanes, pareció que triunfaba en 1,250, al morir el último de aquellos constantes enemigos del *Pontificado*. El papa pudo creerse dueño de *Italia* y de *Europa*; pero duró poco esta ilusión: ni la península pudo formar una nación unida, capaz de conservar su independencia (1), ni los reyes obedecerían sumisos al «Pontífice romano.» *Felipe IV* de *Francia* dió el ejemplo de insubordinación, declarando al papa extraño á sus manejos y á su reino, y apoderándose en cierto modo del Pontificado, al con-

(1) La Italia ha permanecido dividida y en poder de extranjeros hasta este siglo (1,861), en que se formó el reino actual.

seguir que eligieran papa á *Clemente V*, que se estableció en *Aviñón*. De aquí habían de nacer los escándalos del «gran cisma.»


III.—Los Estados de Italia. (1,250-1,453.)

 LA muerte de *Federico II*, el reino de *Nápoles* y *Sicilia* fué conquistado por *Carlos de Anjou*, para caer luego en manos de *Pedro III* de *Aragón*: rivalidad que se prolongó por dos siglos y que produjo «Las guerras de Italia» en la «Edad Moderna.»

En el centro y en el norte de *Italia* se habían formado ricas y poderosas ciudades: verdaderas repúblicas democráticas como *Florenzia*, ó «Estados aristocráticos», como *Venecia* y *Génova*. En *Florenzia* los banqueros y fabricantes dirigían el grupo de ciudades y pueblos de *Toscana*, y hasta los mismos nobles se veían obligados á inscribirse en los *gremios* ó «cuerpos de oficio.» *Génova* y *Venecia* que se habían enriquecido enviando sus mercaderes á los puertos de Oriente, (*Alejan-dria* y *Constantinopla*), tenían régimen político análogo. El *Dux* ó *Duque* era más bien, sobre todo en *Venecia*, un cargo de representación y aparato; la verdadera autoridad residía en un *Consejo* (el consejo magno) formado por los personajes distinguidos de la antigua nobleza, y por otro *secreto*, el de los *Diez*, que mandaba ejecutar secretamente á los que le parecían sospechosos. *Pisa*, rival de *Génova*, fué sitiada y destruída por ésta, envidiosa de su importancia y creciente poderío. Todas estas «ciudades» se odiaban profundamente y consumían sus fuerzas en interminables luchas intestinas.

Las revoluciones duraron dos siglos; y en este tiempo, casi todas las ciudades fueron presa de los jefes de banda ó compañía (los *condotieri* ó *condotieros*), con excepción de *Venecia* que conservó su sólida organización política por más tiempo. En el siglo *XV* era la ciudad más rica y poderosa de *Italia*; pero no pudo evitar que la península cayera poco después en manos de los monarcas más poderosos de Occidente, como luego veremos.

IV.—Alemania á fines de la Edad Media.
(1,250—1,453.)

UANDO el último de los *Hohenstauffen* pereció en el cadalso levantado por *Carlos de Anjou*, aliado del papa y conquistador del «reino de Nápoles.» podía decirse que el Imperio alemán no existía. No solo había sido detenido en su marcha ambiciosa de reconquistar la *Italia* para realizar el absurdo sueño de reconstituír el «Imperio de Carlo Magno,» sino que los «Señores» recobraron su independencia, continuando su vida de bandolerismo y de pillaje sin que nadie los inquietase. A la muerte de *Federico II*, ni siquiera pudo nombrarse emperador, permaneciendo vacante la silla imperial por 15 años. Por fin, pasado este tiempo, es elegido emperador *Rodolfo de Hapsburgo*, con quien comienza aquella famosa «casa de Austria» que había de ser tan poderosa dos siglos después.

No obstante, el «Imperio» llevó vida insignificante por esta época y hasta llegó á perder con *Alberto I* la *Suiza*. Sobre este suceso se refiere que *Guillermo Tell*, joven amante de la libertad, se negó á honrar el sombrero, que como símbolo de la autoridad del príncipe, había colocado en su lugar *Hermann Gessler*, bailío de aquellos cantones. Este se vengó de *Guillermo*, obligándolo á que tomara por blanco de su flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. *Tell* acertó, pero llevaba la intención de matar al bailío en caso de haber herido á su hijo; pronto cumplió su propósito, quitando la vida al tirano en una hondonada, cerca de *Küssnach*, disparándole su certera flecha al corazón. En 1,315, aquellos sencillos y valientes cazadores hicieron morder el polvo á los orgullosos caballeros austriacos, La batalla de *Morgarten* aseguró la independencia de la *Suiza* y fué la primera prueba de que la noble y brillante caballería era inferior á un ejército plebeyo bien organizado.

En 1,356 reinando *Carlos VI* (de Luxemburgo) se expidió la «bula de oro» que fijó de modo definitivo la elección imperial, á fin de evitar las guerras civiles; según

élla, debía hacerse por siete electores: cuatro laicos (el rey de Bohemia, el conde palatino, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo), y tres eclesiásticos (los arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia).

A principios del siglo XV (1,438), la corona imperial que fué arrebatada por la «casa de Luxemburgo» á la de «Austria» vuelve á ésta con Alberto II [yerno de Segismundo, último emperador de aquella casa]. Los dominios austriacos se encuentran de pronto agrandados con el «reino de Bohemia,» que le trajera en dote su esposa, y empieza entonces á levantarse el formidable imperio, que amenazó más tarde la independencia de *Europa*.

V.—Los reinos Musulmanes.—El Oriente.
[1,096.-1,453.]

LOS musulmanes en esta época cedían en Occidente: con *Alfonso VI de Castilla* puede decirse propiamente que comienza la verdadera reconquista de *España*. Dos «caballeros cruzados» *Raimundo*, conde de *Tolosa* y *Enrique de Borgoña*, se ponen al servicio del rey y adquieren en breve tiempo fama inmortal de valor y consagración por la cruz, solo inferior á la del *Cid*, el héroe nacional. En los siglos XIII y XIV, después de las victorias de las «Navas de Tolosa» (1,212) y del «Salado» [1,340], debe decirse que ya no existe el poder musulmán en *España*, y si se conserva aún el estandarte del Profeta por más de un siglo en Occidente, es por las incurables rivalidades entre los reinos cristianos.

Sucedía lo contrario en Oriente. Los musulmanes, detenidos por algún tiempo en su marcha invasora, á causa del esfuerzo cristiano manifestado en las «cruzas,» crearon nuevos alientos con la aparición de nuevas hordas, que venían á reforzar á los decaídos califatos. Los turcos, semibárbaros, y tan fanáticos como los árabes, dirigidos por su jefe *Osmán* ú *Otmán* [de donde les

viene el apodo de Otomanos], acababan de fundar un imperio formidable en *Asia Menor*. [1,299 á 1,326]. Con *Orkán* penetran en *Europa*, se apoderan de *Galípoli* y amagan á *Constantinopla*; con *Amurates I* conquistan á *Andrinópolis* y amenazan al Imperio alemán. *Segismundo* [rey de Hungría y de Bohemia], unido á *Juan de Nevers* [duque de Borgoña], intenta detenerlos en *Nicópolis*; pero los cristianos sufren una terrible derrota, y el Occidente queda abierto á las incursiones de aquellos fanáticos feroces. [1,396].

Una nueva invasión salvó á la *Europa* y al imperio griego en ese momento: la de los mogoles, dirigidos por *Gengis-Kan* y *Tamerlán*. El imperio fundado por el primero era enorme: comprendía desde el *Asia central* hasta el *Volga*. Al descender sobre el *Asia Menor* se encontraron con los turcos: el choque fué terrible. *An-cira*, lugar en que se verificó, fué inundada en sangre; los mogoles vencedores hicieron miles de prisioneros, que sacrificaron, entre los cuales se encontraba *Bayaceto I*, el vencedor de los cristianos en *Nicópolis*. Pero esto no fué más que una tregua; *Tamerlán* se dirigió al Oriente, y poco después murió, deshaciéndose su imperio, mientras que los turcos se organizaban de nuevo.

Amurates II intenta, como *Bayaceto*, apoderarse de las provincias danubianas; pero los húngaros y albaneses lo detienen por algún tiempo. Al fin, húngaros, polacos y válacos son derrotados en *Varna*. [1,444]. *Mahomet II* se dirige hacia *Constantinopla* que había quedado aislada en su asilo inexpugnable; un ejército de 260,000 hombres la asedia por tierra y una numerosa flota por mar. (1,453). El último de los emperadores, *Constantino XII*, pereció en la brecha; los turcos se apoderan de la capital del Imperio: los habitantes son exterminados ó reducidos á esclavitud; muchos huyeron hacia Occidente. Este hecho que habría parecido insignificante en otra ocasión, tuvo entonces una influencia trascendental é importante en la marcha del mundo. Los eruditos, sabios y literatos griegos, que emigraron al Occidente encontraron en todos los países, y principalmente en *Italia*, un terreno muy bien preparado para aprovechar las enseñanzas y volver en los manuscritos que llevaban á las puras fuentes de lo antiguo. Además, el comercio entre *Italia* y *Levante* fue destruído; los colonos venecianos fueron expulsados: